

sulado *erat premium virtutis, non sanguinis* (1). Muy discutible es si lo hecho en este punto por los romanos fué bueno ó malo.

Viéronse obligados por necesidad á no atender al nacimiento, lo cual sucederá, como en Roma, en cuantos Estados aspiren á la grandeza de Roma, según ya se ha dicho, porque ni se puede imponer á los hombres trabajo sin premio, ni quitarles sin peligro la esperanza de conseguir la recompensa. En buen hora se acordó que la plebe esperase conseguir el consulado, y durante algún tiempo contentóse con la esperanza; pero después ya no bastó, y fue preciso convertirla en realidad.

El Estado que no asocie al pueblo á sus gloriosas empresas puede tratarlo como quiera, según ya se ha dicho; pero el que pretenda hacer lo que hizo Roma, no debe establecer distinción entre sus ciudadanos. Esto sentado respecto al nacimiento, la distinción de la edad no es discutible, ni puede defenderse; porque al dar á un joven cargo que necesite prudencia de viejo, es preciso, si lo ha de elegir el pueblo, que por alguna preclara acción se haga digno de él; y cuando un joven ha dado á conocer su mérito extraordinario con hechos notables, sería perjudicialísimo que el Estado no pudiera aprovechar inmediatamente sus servicios, necesitando esperar á que, con la vejez, pierda el vigor del ánimo y la actividad propias de la juventud; dotes de que su patria puede valerse, como se valió Roma de las de Valerio Corvino, Scipión, Pompeyo y tantos otros que muy jóvenes obtuvieron los honores del triunfo.

(1) Premio á la virtud, no al nacimiento.

LIBRO SEGUNDO

PRÓLOGO

Alaban siempre los hombres, y no siempre con razón, los antiguos tiempos y censuran los presentes, mostrándose tan partidarios de las cosas pasadas que no sólo celebran lo conocido únicamente por las narraciones de los escritores, sino lo que, al llegar á la vejez, recuerdan haber visto en su juventud. Estas opiniones son muchas veces erróneas, y, en mi concepto, se fundan en varias causas.

Es la primera el no conocerse por completo la verdad respecto á los sucesos antiguos, ignorándose las más veces lo que podría infamar aquellos tiempos, mientras lo que les honra y glorifica es referido en términos pomposos y con grandes ampliaciones. La mayoría de los escritores obedece de tal suerte á la fortuna de los vencedores que, por enaltecer sus victorias, no sólo exageran lo que valerosamente hicieron, sino hasta la resistencia de sus enemigos; de modo que los descendientes de los vencedores y de los vencidos tienen sobrados motivos para maravillarse de aquellos hombres y de aquellos tiempos y se ven obligados á elogiarlos y á amarlos.

La segunda causa consistió en que el odio en los hombres nace, ó de temor ó de envidia, y no lo pueden inspirar los sucesos antiguos, que ni tememos ni envidiamos. Pero lo contrario sucede con lo que se está viendo y manejando sin desconocer pormenor alguno, así los buenos como los desagradables, cosa que obliga á estimar los tiempos actuales muy inferiores á los antiguos, aunque en verdad merezcan los presentes mayor elogio y fama que los pasados.

No me refiero en esto á las obras de arte, cuyo valor es tan notorio que el transcurso del tiempo apenas aumenta ó disminuye su mérito real y positivo, sino á la vida y costumbres de los hombres, que no ofrecen tan claros testimonios.

Repito, pues, que es indudable la costumbre de alabar lo antiguo y censurar lo moderno, sin que en ello se incurra siempre en un error, pues á veces, por el perpetuo movimiento ascendente ó descendente de las cosas humanas, resultan los juicios exactos. Se ve, por ejemplo, una ciudad ó un Estado bien organizados políticamente por un buen legislador, cuyo talento les hace caminar hacia la perfección; en tal caso los que viven en dicho Estado y alaban más los tiempos antiguos que los modernos se engañan, causando su error los motivos antes mencionados. Pero los que nacen en el mismo Estado cuando ya se encuentra en decadencia y en él predomina el mal, no se equivocan.

Reflexionando yo en la marcha de las cosas, creo que el mundo siempre ha sido igual, con los mismos males y con idénticos bienes, aunque variando los bienes y los males de pueblo en pueblo. Así se advierte por las noticias que de los antiguos reinos tenemos, los cuales sufrieron cambios por la variación de las costumbres, continuando el mundo lo mismo. La diferencia consistía en que las virtudes existentes al principio en Asiria pasa-

ron á la Media y después á Persia, de donde vinieron á Italia y Roma; y si al imperio romano no siguió ningún otro que fuera duradero y en el que el mundo concentrara las virtudes, en cambio se distribuyeron éstas entre muchos pueblos que llegaron á un estado floreciente, como el reino de los franceses, el imperio de los turcos, el del Soldán de Egipto, y hoy día las naciones de Alemania; y antes de todos éstos los sarracenos, que realizaron tan grandes cosas y ocuparon tan extenso territorio, después de destruir el imperio romano de Oriente.

En las naciones y pueblos nacidos de las ruinas del imperio romano continuó la antigua virtud, y en parte de ellos aun existe y es digna de las alabanzas que se le tributa. Los que nacen en estos pueblos y prefieren los tiempos pasados á los presentes pueden engañarse, pero quien nace en Italia ó Grecia y no llegá á ser en Italia ultramontano ó en Grecia turco, motivos tiene para quejarse de estos tiempos y preferir los antiguos, porque en los antiguos hay muchas cosas que le maravillan y en los actuales nada le compensa de tan gran miseria, infamia y vituperio; porque ni se practica la religión, ni se cumplen las leyes, ni se observa la ordenanza militar; manchando todas las conciencias los vicios más repugnantes, vicios tanto más detestables cuanto que sobrepasan en los que forman los tribunales, ó ejercen autoridad, ó pretenden ser adrados.

Pero volviendo á nuestro asunto, digo que los hombres se engañan el creer mejores unos tiempos que otros, porque de los antiguos no pueden tener tan perfecto conocimiento como de los presentes. Los ancianos que prefieren los de su juventud á los de su vejez, parece que no debieran equivocarse, porque ambos los conocen bien; y así sería si los hombres conservaran toda su vida el mismo juicio y tuvieran las mismas pa-

siones; pero variando aquél y éstas, y no el tiempo, no puede parecerles éste lo mismo cuando llegan á tener otros gustos, otros deseos y otras consideraciones en la vejez que en la juventud. Con la edad van perdiendo los hombres las fuerzas y aumentando su prudencia y su juicio, y necesariamente lo que les parecía en la juventud soportable y bueno, en la ancianidad lo tienen por malo é insufrible; no es, pues, el tiempo lo que cambia, sino el juicio.

Siendo, además, los deseos del hombre insaciables, porque su propia naturaleza le impulsa á quererlo todo mientras sus medios de acción le permiten conseguir pocas cosas, resulta continuo disgusto en el entendimiento humano, desdén por lo poseído y, como consecuencia, maldecir los tiempos presentes, elogiar los pasados y desear los futuros, aunque para ello no tengan motivo alguno razonable.

No sé si debo figurar yo mismo entre los que se equivocan al elogiar tanto en este libro los tiempos de los antiguos romanos y al censurar los nuestros; y ciertamente si no fuesen tan claras como el sol las virtudes que entonces imperaban y los vicios que ahora reinan, sería más parco en mis afirmaciones, temeroso de incurrir en el mismo error que en otros advierto; pero siendo la cosa tan evidente, me atreveré á decir con toda claridad lo que pienso de aquellos y de estos tiempos, para que los jóvenes lectores de mis escritos puedan abominar los actuales y disponerse á imitar los antiguos, si las vicisitudes de la fortuna les dan ocasión á ello; porque es deber de hombre honrado enseñar á los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de su suerte no ha podido realizar. Acaso, siendo muchos los capaces de hacerlo, alguno más amado del cielo pueda ejecutarlo.

Y habiendo hablado en el libro precedente de los ac-

tos de los romanos relativos á su régimen interior, discurremos en éste de lo que hicieron para ensanchar su dominación.

CAPÍTULO I

De si fué el valor ó la fortuna lo que más contribuyó á agrandar el imperio de los romanos.

Muchos, y entre ellos Plutarco, escritor de grande autoridad, han creído que al pueblo romano favoreció más la fortuna que el valor en la conquista de su vasto imperio, y dicen entre otras razones, que se demuestra por confesión propia de aquel pueblo deber á la fortuna sus victorias, pues á ésta edificó más templos que á ningún otro dios. Parece que el mismo Tito Livio es de esta opinión, pues rara vez hace hablar á algún romano del valor sin que añada la fortuna.

Ni soy de esa opinión ni creo que pueda sostenerse, porque si no ha habido república alguna tan conquistadora como la romana, es porque ninguna fué organizada para conquistar como ella. Al valor de sus ejércitos debió su imperio y á sus propias y peculiares leyes, dadas por su primer legislador, el conservarlo, según probaremos cumplidamente en los capítulos sucesivos.

Dicen aquéllos que si los romanos no tuvieron nunca á la vez dos peligrosas guerras, debióse á la fortuna y no á la habilidad de este pueblo, pues no guerrearon con los latinos sino después de batir á los samnitas; tanto, que la guerra contra aquéllos fué en defensa de éstos; ni combatieron con los toscanos sino después de sojuzgar á los latinos y debilitar y casi extinguir con

numerosas derrotas el poder de los samnitas; y si dos de estos pueblos, cuando podían disponer de todas sus fuerzas, se hubiesen aliado contra Roma, fácil es sospechar que habrían destruído la república romana.

Pero fuera por lo que fuese, es positivo que en ningún caso tuvieron á la vez dos poderosas guerras. Acababa una al empezar otra ó nacía la nueva cuando estaba á punto de terminar la anterior; lo cual se ve fácilmente en la sucesión de las guerras de entonces, porque, prescindiendo de las hechas antes de que Roma fuera tomada por los galos, se observa que, mientras combatió con los equos y con los volscos, y mientras estos pueblos fueron poderosos, ningún otro atacó á los romanos. Dominados aquéllos, empezó la guerra contra los samnitas, y aunque antes de su término se revelaron los latinos, cuando la rebelión estalló, los samnitas estaban ya aliados á los romanos y les ayudaron con su ejército para castigar el atrevimiento de los latinos. Vencidos éstos renació la guerra contra Samnio; casi agotadas ya las fuerzas de los samnitas por varias derrotas, empezó la de Etruria, y apenas había acabado cuando se rebelaron de nuevo los samnitas por el desembarco de Pirro en Italia. Rechazado éste y de vuelta en Grecia, empezó la primera guerra púnica; y apenas había concluído, cuando todos los galos de ambos lados de los Alpes atacaron á los romanos, quienes hicieron horrible carnicería en ellos entre Popolonia y Pisa, donde hoy está la torre de San Vicente. Terminada esta guerra, fueron de escasa importancia las que tuvieron durante veinte años, pues sólo combatieron con los ligurianos y con los galos que habían quedado en Lombardia. Así estuvieron hasta que empezó la segunda guerra púnica, que les ocupó en Italia durante diez y seis años. Acabada ésta gloriosamente para Roma, empezó la guerra macedónica, á la cual siguió la sosteni-

da contra Antíoco en Asia, y después de vencido éste no quedó en el mundo rey ó república que, aliados ó separados, fueran capaces de contrarrestar el poder de Roma.

Pero antes que en el victorioso resultado, fíjese la atención en el orden de estas guerras y en el modo de proceder en ellas, y se verá que á la fortuna se unen grandísimo valor y no menor prudencia; de suerte que quien investigue las causas de las victorias encontrarálas fácilmente, pues es notorio que cuando un príncipe ó un pueblo llegan á tan grande reputación de valerosos que los demás pueblos ó príncipes vecinos temen atacarle, jamás se verá agredido sino por necesidad ineludible de los agresores, y estará en el caso de elegir por su parte á quién de los vecinos ha de hacer guerra, mientras con industria mantiene á los demás tranquilos; cosa fácil, no sólo por el respeto que su poder infunde, sino también por los recursos que emplee para engañarlos y adormecerlos. Las potencias más apartadas que no vivan en relaciones con ellos se cuidarán de los sucesos como de cosas lejanas que no les interesan; en este error continuarán hasta que el incendio se les acerque y, cuando les llegue, sólo tendrán para apagarlo las fuerzas propias, insuficientes contra un enemigo que ha llegado á ser poderosísimo.

Prescindiré del hecho de que los samnitas vieran tranquilamente cómo los romanos vencían á los volscos y á los equos y, para no ser prolijo, trataré sólo de los cartagineses, que tenían ya gran poder y fama cuando los romanos combatían con los samnitas y toscanos, pues dominaban en toda el Africa, en Cerdeña, en Sicilia y en una parte de España. Este poder, y el estar apartados de los límites de la dominación romana, fueron causa de que no pensaran en atacar á los romanos, ni en socorrer á los samnitas y toscanos. Hicieron, pues,

lo que generalmente se hace con los pueblos que prosperan: procurarse su amistad y aliarse con ellos, acreciendo su poder, y no advirtieron el error cometido hasta que los romanos, después de someter á todos los pueblos situados entre ellos y los cartagineses, empezaron á combatir la dominación de éstos en Sicilia y en España.

A los galos sucedió lo mismo que á los cartagineses, y lo mismo á Filipo, rey de Macedonia, y á Antíoco. Cada uno de éstos creyó, mientras el pueblo romano guerreaba con cualquiera de ellos, que serían vencidos los ejércitos de Roma ó que habría siempre tiempo de defenderse de los romanos con la paz ó con la guerra. Creo, pues, que la fortuna que en esta parte tuvieron los romanos la hubiese tenido cualquier príncipe que procediera como ellos y mostrara igual valor.

Oportuno sería decir aquí los procedimientos de que se valían los romanos al invadir una nación, si no los hubiéramos referido ya en nuestro *Tratado del Príncipe*, donde se habla de ellos ampliamente; diremos sólo con brevedad que en las nuevas comarcas procuraban tener siempre algunos amigos que les sirvieran como escala ó puerta para entrar ó salir ó permanecer en ellas. Así se ve que por medio de los capuanos entraron en Samnio, de los camertinos en la Etruria, de los mamertinos en Sicilia, de los saguntinos en España, de Massinissa en Africa, de los etolios en Grecia, de Eumenes y otros príncipes en Asia, de los marseleses y de los eduos en la Galia; nunca les faltó apoyo de esta clase que facilitase sus empresas para conquistar pueblos y mantenerlos sujetos á su dominación. Los Estados imitadores de esta conducta necesitarán menos de la fortuna que los que no la observen, y para que todo el mundo comprenda cuánto más influyó el valor que la fortuna en las conquistas romanas, hablaremos en el

siguiente capítulo de las condiciones de los pueblos con quienes tuvieron que guerrear y de la obstinación con que éstos defendieron su libertad.

CAPÍTULO II

Con qué pueblos tuvieron los romanos que combatir, y cuán tenazmente defendieron aquéllos su independencia.

Los mayores obstáculos para los romanos al conquistar los pueblos inmediatos á ellos y algunos de las provincias lejanas, nacían del amor que en aquel tiempo tenían muchos de éstos á su independencia, tan obstinadamente defendida, que era preciso grandísimo valor para sojuzgarlos. Repetidos ejemplos hay de los peligros á que se exponían por conservar ó recuperar su libertad y de las venganzas contra los que les privaban de ella. También enseña la historia los daños que á una ciudad ó á un pueblo causa la servidumbre.

Países en donde apenas puede decirse ahora que hay ciudad libre, en los antiguos tiempos estaban ocupados por pueblos libérrimos. En la época á que nos referimos, Italia, desde los Alpes que dividen ahora Toscana de Lombardía hasta el extremo meridional contenía muchos pueblos libres, como lo eran los etruscos, los romanos, los samnitas y otros varios que habitaban en el resto de la península. No se sabe que tuvieran reyes, excepto los que reinaron en Roma, y Porsena, rey de Etruria, cuya estirpe, que se distinguió, no menciona la historia; pero se sabe bien que, cuando los romanos sitiaron á Veio, la Etruria era libre, y tanto amaba su libertad y odiaba el nombre de rey que, habiendo nombrado uno los veientes para su defensa y pidiendo au-

xilio á los etruscos contra los romanos, aquéllos, después de varias deliberaciones, determinaron negarlo mientras tuvieran rey, por creer que no debía defenderse la patria de los que ya la habían sometido á la voluntad de un señor.

Es cosa fácil comprender de dónde nace la afición de los pueblos á las instituciones libres, porque se ve, por experiencia, que sólo cuando hay libertad aumentan el poder y la riqueza de los ciudadanos. Causa, en efecto, admiración considerar cuánta fué la grandeza de Atenas en el espacio de cien años, después que se libró de la tiranía de Pisistrato, y aun es más maravillosa la de Roma después que abolió la monarquía. La causa de ello tiene fácil explicación. No es el bien particular, sino el bien común lo que engrandece los pueblos, y al bien común únicamente atienden las repúblicas. En ellas sólo se ejecuta lo encaminado al provecho público, aunque perjudique á algunos particulares; pues son tantos los beneficiados, que imponen las resoluciones á pesar de la oposición de los pocos á quienes dañan.

Lo contrario sucede en el régimen monárquico. La mayoría de las veces lo que hace el príncipe para sí es perjudicial al Estado, y lo que hace por el Estado es opuesto á su personal interés; de modo que, cuando una tiranía sustituye á un régimen liberal, lo menos malo para el Estado es no progresar ni aumentar en poder y riqueza, y las más veces, si no es siempre, empieza su decadencia. Y si la suerte hace que aparezca un tirano animoso que por su valor é inteligencia ensancha los límites de sus dominios, no será la utilidad para la república, sino para él; pues no puede enaltecer á ningún ciudadano valeroso y bueno de los que él tiraniza, si quiere librarse de rivalidades inquietantes.

Tampoco los Estados que conquista puede someterlos ó hacerlos tributarios del que él domina, por no con-

venirle que éste sea poderoso, sino que las nuevas adquisiciones estén disgregadas y dependientes sólo de su autoridad personal. Sus conquistas son, pues, favorables á él y no á su patria.

Quien quiera demostrar esta opinión con otros infinitos argumentos, lea el tratado de Xenofonte titulado *De la tiranía*.

No es, pues, maravilloso que los antiguos pueblos persiguieran con tanto odio á los tiranos y amaran la libertad, cuyo nombre en tan grande estimación tenían. Así sucedió cuando Hieronimo, nieto del siracusano Hieron, fué muerto en Siracusa. Llegada la noticia de su muerte á su ejército, que acampaba no lejos de dicha ciudad, comenzó éste por amotinarse y acudir á las armas contra los que le mataron; pero al saber que en Siracusa se aclamaba la libertad, seducido por este nombre, se aquietó, depuso su ira contra los tiranidas, y contribuyó á que se estableciera en aquella ciudad un gobierno liberal.

Tampoco es inaudito que los pueblos se hayan vengado cruelmente de los que les privaban de su libertad. Hay de ello muchos ejemplos; pero sólo referiré uno, ocurrido en Corcyra, ciudad de Grecia, durante la guerra del Peloponeso. Los griegos estaban entonces divididos en dos bandos, uno favorable á los atenienses y otro á los espartanos, división que alcanzaba á los vecinos de muchas ciudades, siendo unos partidarios de Esparta y otros de Atenas. En Corcyra prevalecieron los nobles y privaron de la libertad al pueblo; pero éste, ayudado por los atenienses, recuperó el poder, prendió á los nobles y los encerró en prisión capaz para todos. De ella los fué sacando, ocho ó diez cada vez, con pretexto de desterrarlos á diversas partes; pero en realidad, para hacerles morir con los más crueles tormentos. Sabido esto por los que quedaban, deter-

minaron librarse, si les era posible, de muerte tan ignominiosa, y echando mano á cuanto pudieron encontrar para su defensa, combatieron con los que deseaban penetrar en la prisión, defendiendo la entrada. Acudió el pueblo al ruido de la lucha, destechó la prisión, y sepultó en los escombros á los nobles que en ella quedaban.

De esto hubo en Grecia otros muchos ejemplos notables y horribles, demostrándose que los pueblos se vengan con mayor crueldad de los que les privan de su libertad, que de los que quieren quitársela.

Meditando en qué consiste que los pueblos antiguos fueran más amantes de la libertad que los actuales, creo procede del mismo motivo que hace ahora á los hombres menos fuertes, cual es la diferencia de educación, fundada en la diferencia de religión. Enseñando la nuestra la verdad y el verdadero camino, hace que se tengan en poco las honras de este mundo; pero los gentiles, estimándolas y considerándolas como el verdadero bien, aspiraban á ellas con mayor vigor y energía. Esto se advierte en muchas de sus instituciones, singularmente en la magnificencia de sus sacrificios comparada con la humildad de nuestras ceremonias religiosas, en las cuales la pompa, más sencilla que imponente, no tiene nada que sea enérgico ó feroz. No escaseaba en la antigüedad el esplendor á las ceremonias; pero añadían á ellas feroces y sangrientos sacrificios, matando infinidad de animales, cuyo terrible espectáculo daba energía y dureza al carácter de los hombres. Además, la religión pagana sólo deificaba á hombres llenos de gloria mundana, como los generales de los ejércitos y los jefes de las repúblicas, y la nuestra ha santificado más á los hombres humildes y contemplativos que á los de enérgica actividad. Además, coloca el supremo bien en la humildad, en la abnegación, en el desprecio de las cosas humanas, mientras la pa-

gana lo ponía en la grandeza del ánimo, en la robustez del cuerpo y en cuanto podía contribuir á hacer los hombres fortísimos. La fortaleza de alma que nuestra religión exige es para sufrir pacientemente los infortunios, no para acometer grandes acciones.

Esta nueva manera de vivir parece que ha hecho más débiles á los pueblos y más fácil convertirlos en presa de los malvados, que con mayor seguridad pueden manejarlos al ver á casi todos los hombres más dispuestos, para alcanzar el paraíso, á sufrir las injurias que á vengarlas. Pero la culpa de que se haya afeminado el mundo y desarmado el cielo, es, sin duda, de la cobardía de los hombres que han interpretado la religión cristiana conforme á la pereza y no á la virtud; pues si consideramos que aquélla permite la gloria y defensa de la patria, deduciremos que quiere que la amemos, que la honremos y que nos preparemos á ser capaces de defenderla.

Estas falsas interpretaciones y la educación que de ellas nace, hacen que no haya ahora tantas repúblicas como antiguamente, ni en el pueblo tanto amor á la libertad como entonces. Creo, sin embargo, que lo que más ha contribuído á este resultado son las conquistas del imperio romano, el cual ahogó con sus armas y su grandeza todas las repúblicas y todas las libertades: y aunque este imperio se arruinó, los pueblos no han podido aun reorganizarse, ni establecer instituciones libres sino en poquísimas comarcas de las que abarcaba.

Sea de ello lo que fuere, los romanos encontraron en no pocas partes del mundo una liga de repúblicas armadas y obstinadas en la defensa de su libertad; lo cual prueba que, sin el extraordinario valor de aquel pueblo, no hubiera podido vencerlas. Y para mencionar un ejemplo de esta resistencia, citaré el de los samnitas. Es

verdaderamente admirable, y Tito Livio lo confiesa, que este pueblo fuera tan poderoso y valiente que hasta el consulado de Papirio Cursor, hijo del primer Papirio, es decir, durante cuarenta y seis años, resistiera á los romanos á pesar de tantas derrotas, estragos y ruinas como tuvieron en sus tierras, pobladísimas entonces, hoy casi desiertas, y cuyo buen gobierno, unido al valor de sus habitantes, las hacía inconquistables por cualquier otro enemigo que no fuese el valeroso pueblo romano.

Fácil es comprender la causa de la antigua prosperidad y de la actual miseria, pues depende de que entonces había allí un pueblo libre y ahora un pueblo siervo, y los países libres en todas las comarcas ya hemos dicho que hacen grandísimos progresos. La población aumenta porque, no habiendo obstáculo que estorbe los lazos matrimoniales, son los hombres más propensos á casarse y procrean los hijos que creen poder alimentar, en la seguridad de no ser privados de su patrimonio; como también de que nacen ciudadanos libres y no esclavos, y que mediante sus méritos pueden llegar á ser hasta jefes del Estado. Las riquezas que proceden de la agricultura y de la industria se multiplican, porque cada cual se aplica á aumentar las suyas, pudiendo gozar de ellas libremente, y conforme crecen las de los particulares aumentan la del Estado.

Lo contrario sucede en los países donde impera la servidumbre, tanto más faltos de bienes cuanto más rigurosa es aquélla. De todas las servidumbres, la más pesada es la impuesta por una república; primero, por ser la más duradera y no haber esperanza de librarse de ella; después, porque las repúblicas propenden á debilitar y enervar los otros Estados para aumentar ellas su poder; cosa que no hace un príncipe conquistador, á menos de ser un bárbaro, destructor de países y de

instituciones de gobierno, como son los príncipes orientales. Pero si tiene rectitud y siquiera algunos sentimientos humanos, casi siempre ama por igual todos los pueblos que le están sometidos, dejándoles prosperar y que se rijan por casi todas sus antiguas leyes. De esta suerte, si no aumentan su poder como Estados libres, tampoco se arruinan como siervos.

Entiéndase que me refiero á la servidumbre de los pueblos sometidos á un extranjero; no á la impuesta por sus conciudadanos, pues de ésta ya traté anteriormente.

Al que medite en lo dicho no le admirará el poder de los samnitas cuando eran libres, y la debilidad que la servidumbre les produjo. Tito Livio lo demuestra varias veces, especialmente en la guerra contra Anníbal, cuando dice que, maltratados los samnitas por una legión establecida en Nola, enviaron embajadores á Anníbal para pedirle socorro, y en sus discursos dijeron que durante cien años habían combatido con los romanos sin otros recursos que sus propias fuerzas y sus propios generales, afrontando muchas veces las de dos ejércitos consulares y dos cónsules; pero que habían llegado á tanta debilidad, que apenas se podían defender de la pequeña legión romana situada en Nola.

CAPÍTULO III

Roma se engrandece arruinado á las ciudades vecinas y cediendo fácilmente á los extranjeros la cualidad de ciudadanos romanos.

Crescit interea Roma Albæ ruinis (1).

Los que deseen que una ciudad llegue á tener gran-

(1) Creció Roma con las ruinas de Alba. (Tito Livio. *Décadas de la historia romana.*)

des dominios deben procurar por todos los medios hacerla populosa, porque, sin grande abundancia de hombres, jamás aumentará su poder. Esto se consigue de dos modos: por atracción cariñosa, ó por la fuerza. Por atracción, ofreciendo camino franco y seguro á los extranjeros que deseen venir á habitar en ella, de suerte que les agrade vivir allí; por fuerza, destruyendo las ciudades inmediatas y obligando á sus vecinos á vivir en la vencedora.

De tal modo se observaron en Roma estos dos principios, que en tiempos de su sexto rey había en dicha ciudad ochenta mil hombres capaces de llevar armas; porque los romanos imitaron á los buenos cultivadores, quienes para que los árboles crezcan y puedan producir y madurar sus frutos les quitan las primeras ramas que echan, á fin de que, retenida la savia en el tronco, salgan después otras más lozanas y fructíferas.

El ejemplo de Esparta y de Atenas demuestra que estos medios para ampliar la dominación son necesarios y buenos. Ambas repúblicas eran belicosas y tenían excelentes leyes; sin embargo, no llegaron á la grandeza de Roma, que parecía más tumultuosa y menos bien regida. No puede explicarse esto sino por las razones ya referidas, pues aumentando Roma su población, pudo poner sobre las armas doscientos ochenta mil hombres, y ni Esparta ni Atenas pasaron nunca de veinte mil cada una.

Esta diferencia no nació de ser la posición de Roma mejor que la de Esparta y Atenas, sino del distinto modo de proceder. Licurgo, fundador de la república espartana, consideró que nada podía viciar tanto sus leyes como la mezcla con nuevos habitantes, é hizo todo lo posible para impedir á los extranjeros avecindarse allí. Además de prohibirles casarse en Esparta, nególes la posibilidad de adquirir el derecho de ciudadanía y

dificultó todas las relaciones que mantienen la comunicación de los hombres entre sí, ordenando que en aquella república se usara moneda de cuero, á fin de impedir que acudieran forasteros por el deseo de vender mercancías ó de ejercer alguna industria. Así, pues, aquel Estado no podía aumentar el número de habitantes.

Todas nuestras acciones imitan á la naturaleza; no es posible ni natural que un tallo delgado mantenga grueso ramaje, ni que una república pequeña conquiste ciudades y reinos que sean más grandes y poderosos que ella, y si los conquista, le sucede lo que al árbol que tiene las ramas más gruesas que el tronco, que el peso de aquéllas lo agovia y el menor impulso del viento lo derriba. Así sucedió á Esparta; ocupó todas las ciudades de Grecia, y cuando se rebeló Tebas, las demás imitaron su ejemplo y quedó el tronco sin ramas.

No podía suceder esto á Roma, cuyo tronco era tan grueso que sostenía fácilmente todas las ramas, y á tal procedimiento, unido á otros que mencionaremos más adelante, debió Roma su grandeza y su poder; lo cual expresa Tito Livio en pocas palabras, cuando dice: *Crescit interea Roma Albæ ruinis.*

CAPÍTULO IV

Las repúblicas han practicado tres procedimientos para engrandecerse.

Quien lea atentamente la historia antigua observará que las repúblicas han tenido tres modos de engrandecerse. Uno el practicado por los antiguos toscanos, que consistía en formar una liga de varias repúblicas, sin que ninguna de ellas ejerza sobre las otras autoridad ó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTANREY, MEXICO